



La política regional de Argentina: Del latinoamericanismo al sudamericanismo*

Roberto Miranda**

Introducción

Entre 2002 y 2009 Argentina se movió por América Latina asociando políticas, compartiendo acciones y discrepando en algunas cuestiones con los distintos países de la región. Todo esto se llevó a cabo en el marco de la cooperación e integración, a través de los diversos bilateralismos como de los diferentes multilateralismos. Incluso, el conflicto diplomático con Uruguay a propósito de la instalación de una pastera en el río homónimo, no significó una ruptura en la relación ni en la coincidencia integracionista. El desplazamiento por Latinoamérica le permitió a Argentina tener presencia internacional, después de la crisis política y financiera de principios de siglo. Más aún, tuvo una importante participación en la política regional.

En efecto, Argentina cumplió con una función estabilizadora cuando la democracia y la paz estuvieron amenazadas en América Latina, como así también desempeñó una función institucionalizadora a través de políticas vinculadas al “poder blando” y a acciones relacionadas con las prácticas multilaterales. Sin duda que la contribución de Argentina a la integración regional ha sido significativa. Sin embargo, a pesar de los aportes realizados, como país mediano no tuvo el peso político que sus antecedentes y su situación relativa hacían suponer. La presencia internacional mediante la vocación integracionista no se tradujo en influencia regional, al contrario, vio reducida su capacidad en este sentido. Por eso nos preguntamos por qué Argentina tuvo una importante participación regional y, al mismo tiempo, una influencia reducida en Latinoamérica.

* Este trabajo forma parte de los avances realizados en torno al proyecto de investigación denominado “La relación de Argentina con el mundo. Hacia la construcción de instrumentos de análisis desde el Observatorio de la Política Exterior Argentina”.

** Investigador Independiente, CONICET. Profesor en la Maestría y en el Doctorado en Relaciones Internacionales, Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata. Profesor de Política Internacional Argentina, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Obviamente que abundan las respuestas al respecto cuyo tratamiento excede las posibilidades de este trabajo. Desde nuestro punto de vista, aquella participación regional prácticamente se concentró en el espacio sudamericano. Hubo un proceso muy singular a través del cual Argentina tendió a salirse de su registro histórico de latinoamericanismo para acomodarse en la geopolítica de América del Sur. Así formó parte de la fragmentación regional entre una América Latina del norte y otra del sur, curiosamente en un contexto de integración¹. El acomodamiento sudamericano fue ventajoso para Argentina porque a través de él pudo remontar su debilidad internacional². Sin embargo no fue del todo beneficioso, porque el poder que compartió y sumó al sobrevalorar a Sudamérica, no pudo extenderlo como propio hacia América Latina, con lo cual vio reducida su influencia.

Esa sobrevaloración estuvo relacionada con el hecho de que Argentina quedó enmarcada en la lógica sudamericana que se tejió fuertemente a partir de 2000. Planteamos el análisis de esta realidad mediante tres cuestiones clave. Una, cómo funcionó el bilateralismo argentino-brasileño del integracionismo sudamericano. Otra, la consecuencia de la dualidad cercanía-lejanía en relación al latinoamericanismo argentino y, por último, la imposibilidad de nuestro país de convertirse en una alternativa de poder.

Una estructura bilateral dependiente

Si un proceso puede destacarse en América Latina en lo que va del siglo XXI, ese proceso es la integración que se fue configurando en Sudamérica. Sin duda que ha sido inédito, pero desprolijo y espasmódico. El bajo nivel de conflictividad entre los países de la subregión y el alto grado de cooperación que lograron los mismos en diversas áreas temáticas, transformaron a América del Sur en un espacio de consideración internacional. Obviamente que tanto la posguerra fría como la globalización fueron contextos que facilitaron esa realidad³. No obstante el bilateralismo argentino-brasileño fue, tal vez, el factor más relevante del integracionismo sudamericano.

¹ Esta paradoja de la integración ha tenido que ver con el abandono del paradigma neofuncionalista ya que el poder no estuvo del lado de las estructuras y mecanismos multilaterales, sino de los gobiernos, siguiendo los criterios de Robert Keohane (1993). De manera que las experiencias institucionalistas que se fueron generando, respondían directamente a los intereses de los actores estatales, transformándolas en sistemas de cooperación formalizados, es decir, en regímenes internacionales. Por eso lo realizado, tanto en América Latina del norte, como en América Latina del sur, se moldeó en lo que teóricamente se conoce como un paradigma institucionalista intergubernamental (Moravcsik, 1993. Moravcsik y Schimmelfennig, 2009). También, ver Mónica Salomón (1999).

² De algún modo Argentina creyó que Sudamérica era una opción política válida porque le resultaba más accesible para sostener sus intereses en un marco de integración regional. En otras palabras, la integración sudamericana era la posibilidad cierta para aunar intereses entre socios mayores, a modo de red decisional, como Robert Keohane y Santely Hoffmann (1991) analizaron el proceso europeo.

³ Algunos autores (Fonseca, 2008), desde una perspectiva europea, consideran que el valor internacional del espacio sudamericano se debió -principalmente- al “abandono” político de América Latina generado por el gobierno de George W. Bush.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

La base de ese bilateralismo ha sido el Mercado Común del Sur (Mercosur) y para Argentina fue decisivo. Más aún, las clases dirigentes desarrollaron una creencia muy fuerte sobre las ventajas políticas y económicas del bloque en tanto proceso de integración regional⁴. Comprometido con esa creencia estuvo tanto la gestión provisional de Eduardo Duhalde, como los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner. Sin embargo al promediar 2005, Argentina comenzó a comprender que la práctica mercosureana de los actores principales no consideraba los requisitos de la teoría de la integración, y que las ventajas esperadas sobre el bloque estaban lejos de ser una realidad.

El eje estratégico entre Brasilia, Buenos Aires y Caracas que se pretendió llevar al seno del Mercosur para la promoción energética, industrial y social conjunta fracasó, y fue el principio del desinterés argentino por todo lo que había imaginado en torno al bloque. No dejó de apoyarlo como instancia multilateral. Pero dejó de creer en él en términos políticos. Así, el ánimo institucionalizador que había impulsado Argentina desde 1999 fue perdiendo fuerza en los discursos y en las agendas mercosureanas. Nuestro país terminó por entender que el valor del Mercosur no estaba en la calidad de la integración que portaba, sino en su condición de actor internacional.

En este sentido debió reconocer que su participación en el bloque y en la política regional tenía una limitante que era el poder construido por Brasil⁵. Esta situación, en la estructura bilateral, se manifestó a través de dos cuestiones. Primero, en la relación de dependencia que Argentina había engendrado con Brasil desde los noventa y que se fue profundizando a lo largo de la primera década del siglo XXI. Esa dependencia ha sido esencialmente comercial. En 2005, el 36.2% del total de las importaciones argentinas provenía de Brasil, mucho más de lo que ingresaba por el total de mercaderías de éste país en Paraguay (30.9%). En ese año, casi el 16% del total de lo que exportaba Argentina iba al mercado brasileño.

Un elemento vinculado a esta dependencia ha sido el papel desempeñado por las empresas brasileñas en la “extranjerización” de la economía argentina. Precisamente hubo un número importante de compañías argentinas ligadas al comercio bilateral que pasaron a capitales brasileños. Este traspaso no sólo profundizó la citada dependencia, también aumentó la asimetría entre ambos países a lo cual se debe agregar el muy bajo nivel de inversión extranjera directa en Argentina con relación a Brasil, justamente uno de

⁴ Miriam Gomes Saraiva (2008), con criterio brasileño, pasa revista a las diferentes percepciones de la política exterior argentina con referencia a la integración regional.

⁵ Al respecto es interesante el análisis que realiza Matías Spektor (2010:32-33) acerca de las razones de la política regional de Brasil y, sobre todo, en torno a la naturaleza del poder de éste país.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

los aspectos que el ministro de Economía Roberto Lavagna le reclamó al gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva, en setiembre de 2004, además de pretender acordar políticas industriales comunes en el marco del Mercosur, sin lograr una respuesta satisfactoria.

La segunda cuestión que puso en evidencia cómo el poder brasileño fue limitante de la participación argentina en la política regional, ha sido la presión que el Planalto ejerció sobre la Casa Rosada impulsando el modelo de cooperación con liderazgo. A medida que Brasil se transformaba en potencia regional de alcance global, la importancia de Argentina en la resolución de su política exterior disminuía claramente. En consecuencia la idea de la cooperación bilateral por consenso como pilar de la cooperación subregional, gradualmente se fue diluyendo. Brasil decidió liderar la integración y para ello dio tres pasos institucionales contundentes. Primero creó la Comunidad Sudamericana de Naciones en 2004, luego en 2008 la mejoró con la Unión de Naciones Suramericanas y, en ese mismo año, consolidó su diseño estratégico a través del establecimiento del Consejo de Defensa Suramericano (CDS)⁶.

Por supuesto que este modelo de cooperación con liderazgo selló la concepción del poder brasileño basado en su impronta sudamericanista⁷. Gracias a las condiciones de este modelo, Brasil pudo cumplir con el objetivo de extender regionalmente sus intereses nacionales. Así entonces América del Sur estuvo presente en la política mundial a través de la mano de Brasil y, paralelamente, los intereses nacionales de éste país lograron el respaldo necesario mediante el sustento subregional. Argentina acompañó este peregrinaje con cierta irregularidad. Buscó preservar la integración y, fundamentalmente, la convicción de la unión como un mecanismo indispensable en el contexto intraperiférico. Pero le implicó una escasa acción de fuerza propia en relación a la política regional.

El recorrido de una política dual

Lo precedente responde a algunas de las razones por las cuales Argentina concentró su importante participación regional en Sudamérica. Sin embargo no nos dice cómo relativizó la tradición latinoamericanista de su política exterior, que representó una minimización de su influencia en la región. Un aspecto sobresaliente de la conducción de la política regional de Argentina, ha sido su dualidad cercanía-lejanía para manejarse con los distintos países. Desde ya que los grados de preferencia están vinculados con factores diversos que hacen que en determinada circunstancia un país se incline a intensificar su relación con otro y a enfriarla con un tercero.

⁶ En el estudio de Rafael Duarte Villa y Manuela Trindade Viana (2008) se describen aspectos referidos al activismo que impulsó Lula en la política exterior sin salirse de la continuidad diplomática de Itamaraty, principalmente en la práctica del multilateralismo. También, ver el punto de vista europeo de Jonás García (2008).

⁷ En un trabajo anterior (Miranda, 2007), destacábamos la asociación entre la consolidación del modelo de cooperación con liderazgo y la conformación del subregionalismo sudamericano.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

En ese sentido resultó paradigmática la relación política de Argentina con Brasil. El alto grado de vinculación que se dio entre 2002 y 2004, si bien estuvo fundado en necesidades mutuas, primó la urgencia de nuestro país por tener escenario internacional a través de Brasil como consecuencia del *default*. Las diferencias bilaterales hicieron que Argentina decidiera un giro político, sobre todo después de la IV Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata, en noviembre de 2005, una vez sepultado el proyecto norteamericano del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Ese giro no alteró la muy buena relación bilateral ni trastocó la rutina de la cooperación entre ambos países. Pero en términos políticos, salvo hitos esporádicos y específicos, Argentina no retornó al acompañamiento de otrora aunque tampoco optó por el alejamiento, mucho tuvo que ver que sus condicionantes eran otros como también el hecho de que Brasil se encontraba en una etapa diferente de su diplomacia.

Argentina configuró una cercanía con la mayor parte de los países sudamericanos. Además de la relación especial con Brasil y de la apuesta por Venezuela por cuestiones energéticas y financieras, sostuvo una extraordinaria integración con Chile que marcó una alianza estratégica históricamente insospechada. Curiosamente el compromiso político entre Buenos Aires y Santiago era menor al de Argentina con Brasil, y sin embargo la multidimensionalidad de aquella agenda bilateral fue más integracionista que la de ésta. A propósito de esto, un tema en debate es si la asociación argentino-chilena adquirió una mayor dinámica porque sus principales asuntos se resolvieron por fuera de una instancia colectiva, donde la cooperación con liderazgo estuvo ausente y predominó el consenso⁸.

Si bien la cercanía con la subregión descansó en las distintas relaciones bilaterales, el sudamericanismo de la política exterior argentina se hizo patente en los ámbitos multilaterales, tanto regionales como mundiales. El resto de Latinoamérica no fue prioritario en la agenda. La lejanía pasó primordialmente por las relaciones con Cuba y México. Los gobiernos kirchneristas tuvieron simpatía con la experiencia cubana y en política internacional no dejaron de cuestionar el bloqueo impuesto por Estados Unidos a la isla⁹. Pero hubo diferencias interestatales que establecieron altibajos en el vínculo bilateral. Desde el intento del canciller Rafael Bielsa, en 2004, de reunirse con opositores al presidente Fidel Castro, hasta la visita de Cristina a La Habana en enero de 2009,

⁸ Otra de las relaciones bilaterales que adquirió mayor intensidad fue con Ecuador, sobre todo a partir de 2008. El vínculo, tanto con Bolivia como con Paraguay, ha sido más que importante, principalmente con el primero por la cuestión gasífera. No obstante ambos casos merecerían un análisis específico, como los bilateralismos con Colombia y Perú.

⁹ Por ejemplo, en la V Cumbre de las Américas realizada en Puerto España, Trinidad y Tobago, en abril de 2009, Cristina le reclamó al presidente de Estados Unidos, Barack Obama, “el levantamiento del bloqueo”.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

pasando por el resonante caso Hilda Molina, la sintonía entre ambos países no había logrado estabilizarse¹⁰.

Por otra parte el muy buen intercambio comercial con México y, al mismo tiempo, el bajo nivel de entendimiento político con éste país, quizás fue el dato más representativo del distanciamiento de Argentina con América Latina del norte. Falló el vínculo interpersonal entre Kirchner y el presidente mexicano, Vicente Fox. México apoyó a Argentina durante 2003 en las negociaciones de nuestro país con el Fondo Monetario Internacional para la reestructuración de la deuda en *default*, y Fox pretendió que Kirchner -en Mar del Plata- se involucrara con el ALCA. El rechazo argentino a esta sugerencia explicó porqué ambos países habían imaginado un Tratado de Libre Comercio que, finalmente, en 2006 terminó siendo un Acuerdo de Complementación Económica¹¹. La asociación estratégica que sellaron ambos países en 2007, una vez que Felipe Calderón llegó al Palacio Nacional, puso en evidencia que las diferencias políticas habían tenido un sesgo interpersonal. La nueva etapa con Calderón significó el relanzamiento de una relación bilateral que era defectuosa, pero eso no fue sinónimo de que Argentina potenciara su latinoamericanismo.

Una presencia oportuna pero exigua

La dualidad cercanía-lejanía que practicó Argentina le restó capacidad diplomática para transformarse, desde la relación con América Latina, en una alternativa de poder en el integracionismo sudamericano. Más concretamente, su política latinoamericana fue insuficiente para gravitar en la subregión. En este sentido es posible considerar tres situaciones en las que la participación argentina no se tradujo en un ascendiente diferenciador.

Primero, más allá de las muy buenas relaciones bilaterales con Brasil y Venezuela, Argentina tuvo enormes dificultades para desmarcarse de los liderazgos que emprendieron ambos países. Tanto el diseño geopolítico brasileño sobre Sudamérica, como el proyecto ideológico venezolano en torno a Latinoamérica a través de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), encarnaron opciones muy fuertes que de un modo u otro cambiaron el paisaje regional ante el cual Argentina sólo tuvo expectativas. Vale tener en cuenta, por un lado, las limitaciones que tuvo nuestro país para desarrollar una función integradora en ocasión de la tensión entre Brasilia y Caracas, a mediados de 2007, por la declaración del Congreso brasileño a favor de la libertad de expresión, en virtud de la cancelación de la licencia de un medio de

¹⁰ En julio de 2006, Kirchner y Castro no se pusieron de acuerdo sobre la suerte del caso Molina en ocasión de la XXX Cumbre del Mercosur, realizada en Córdoba, y a la cual fue invitado el presidente cubano.

¹¹ Sobre las relaciones bilaterales, ver el trabajo de Rafael Velázquez Flores y Roberto Domínguez (2007). También, ver Carlos Levy (2009:124).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

comunicación social dispuesta por el gobierno venezolano. La XXXIII Cumbre del Mercosur, realizada en Asunción, fue testigo de esas limitaciones.

Por otro lado, una vez superada aquella controversia que puso en duda el ingreso de Venezuela al Mercosur, provocando una fuerte crítica del presidente Hugo Chávez al bloque, la alianza estratégica de éste país con Brasil no sólo se recompuso, también se profundizó. A propósito de esto Lula logró que Chávez aceptara la institucionalización del CDS. Fue un paso importante para el presidente brasileño en un momento en el cual Venezuela acusaba debilidad económica¹². Brasil se convirtió en una fuente de financiamiento, a cambio de que Chávez no nacionalizara ninguna de las empresas brasileñas, como había ocurrido en 2008 con la Siderúrgica del Orinoco (Sidor), del grupo internacional Ternium, cuyo máximo accionista era el consorcio ítalo-argentino Techint. El fortalecimiento de la alianza brasileño-venezolana desconcertó a Argentina. Más aún, nuestro país encontró restricciones para contrarrestar el poder brasileño ante la dependencia de Caracas con Brasilia, porque a todas luces ésta dependencia fue una clara cooptación política.

Segundo, el golpe de Estado en Honduras en junio de 2009 encendió protagonismos políticos y diplomáticos que una vez más apreciaron la función estabilizadora de Argentina basada en la democracia y los derechos humanos, como una expresión próxima a lo que conceptualmente abarca el “poder blando”. Sin embargo esa función no trascendió de manera contundente. Argentina quedó absorbida por un cuadro de coincidencias y divergencias que, de alguna forma, reflejó las relaciones de poder hemisféricas en las que no ocupaba un lugar de conducción¹³. Es sabido que una cosa fue la condena casi unánime de América Latina a la destitución del presidente José Manuel Zelaya, y otra cosa fue cómo algunos países de la región que habían participado de esa condena, a medida que los golpistas prolongaban las negociaciones políticas con el objetivo de quedarse en el gobierno, iban aceptando mediante la ambigüedad o el silencio, las nuevas condiciones institucionales de Honduras.

Han sido los casos de Chile, Colombia, México y Perú que, a través de distintas formas y en tiempos diferentes, se fueron encolumnando detrás del esquema norteamericano que buscaba legitimar la convocatoria a las elecciones presidenciales impulsada por el gobierno *de facto*. En un sentido opuesto estuvo Brasil, que lideró la continuidad de la condena y la no aceptación de las elecciones celebradas en noviembre de 2009. El protagonismo brasileño fue bastante frontal, y prácticamente inusual en la historia de las

¹² Algunos sostienen (Amoroso Botelho, 2008) que el afianzamiento de la alianza entre Lula y Chávez fue decisivo para el fortalecimiento del proyecto sudamericano piloteado por el canciller brasileño Celso Amorim.

¹³ Raúl Benítez Manaut (2009) realiza un análisis pormenorizado sobre la situación de poder y las expectativas latinoamericanas en el conflicto hondureño.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

disidencias político-diplomáticas con Estados Unidos. Fue más que importante el apoyo que le prestaron los países del ALBA y del Mercosur, de manera que la posición argentina quedó encapsulada en ese protagonismo brasileño que pretendió representar el multilateralismo sudamericano.

Tercero, en la decisión norteamericana de reeditar la política de equilibrio del poder en Sudamérica ante el ascenso brasileño y el proyecto venezolano, Washington no consideró como importante la participación regional de Argentina, contrariamente a lo que en distintas ocasiones declaraban funcionarios del gobierno estadounidense. El no considerar a nuestro país bajo el rótulo de potencia regional secundaria, como se la había estimado en otras épocas, significó que Estados Unidos medía a Argentina por su fuerte alianza con Brasil y Venezuela y, sobre todo, por sus escasas posibilidades de gravitar en la subregión. Por estos motivos prefirió impulsar a Colombia como un país confiable que, a través de su apoyo militar y económico, se convertía en un factor de peso sudamericano funcional a la política de equilibrio del poder.

La relación poder-influencia

La participación que Argentina desplegó en Sudamérica le generó un interesante margen de poder internacional. Por este motivo sobrevaloró a la subregión, y en líneas generales el país fue percibido como una palanca vital en la cooperación e integración, sobre todo en temas relacionados con la paz y la resolución de controversias intraestatales. Sin embargo a ese margen de poder no lo desplazó hacia el contexto latinoamericano, porque en su rol de país mediano las funciones que desempeñó estuvieron lejos de traducirse en influencia política. En realidad Argentina no pudo utilizar ese poder como propio, más allá de América del Sur.

Justamente no estuvo en condiciones de liderar ante los proyectos regionales de Brasil y México y el alternativo de Venezuela. Por un lado, el poder que disponía Argentina se diluía en los diseños multilaterales sudamericanos de Itamaraty. También en lo que el Planalto efectivamente quería en torno al Mercosur, y en las mismas alianzas bilaterales que tenía con Brasil y Venezuela. Por otro lado, ese poder prácticamente se tornó en inexistente en relación a la influencia que Estados Unidos selló en América Latina del norte a través del apoyo que le prestó a México para que se transformara en una potencia regional estratégicamente aliada a sus intereses.

Sin duda que la fragmentación de América Latina conspiró contra la posibilidad de Argentina de posicionarse por encima de su involucramiento sudamericano. Su vocación integracionista fue más coherente que Brasil, porque trató de hacer prevalecer el modelo de cooperación por consenso. Sin embargo en un principio procuró tomar posición ante el proyecto de liderazgo brasileño a través de la indiferencia política y en lo que hemos denominado la “resistencia constructiva”, pero finalmente nuestro país sucumbió frente a

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

la arrolladora diplomacia de su socio mercosureano que terminó incorporándolo a la lógica sudamericana. Desde esta situación, Argentina tampoco estuvo en condiciones de llevar al ámbito de Latinoamérica acciones vinculadas a la integración que significaran influencia.

Su propuesta en relación a la política regional se basó en el institucionalismo internacional. Como hemos señalado más arriba, apostó fuertemente al unionismo como paradigma latinoamericano que desde el siglo XIX no ha podido consolidarse, y en esta dirección apeló al multilateralismo tratando de enarbolar valores compartidos y objetivos comunes. En algún que otro episodio intentó cumplir con esa apuesta, aunque su performance no fue relevante. Es cierto que hubo factores que restringieron esa acción externa, como el recorte de las capacidades estatales del país y su escasa preponderancia internacional. También es cierto que careció de iniciativa diplomática para hacer llegar el unionismo a toda la región. Precisamente no tuvo la iniciativa ni la influencia para irradiar el institucionalismo como lo hizo Brasil, al convocar en Costa do Sauípe, Bahía, a la Primera Cumbre de América Latina y el Caribe, en diciembre de 2008. En este caso, la influencia brasileña en gran medida surgió a partir de lo que el Planalto fue organizando y resolviendo desde la lógica sudamericana¹⁴.

Conclusión

Entre 2002 y 2009 Argentina privilegió Sudamérica. Su participación política y diplomática en las situaciones y en los procesos más destacables de la subregión ha sido importante, no sólo en la activación de la cooperación como en el refuerzo de la misma, sino también en el impacto que América del Sur provocó en las relaciones de poder mundial. Después de la crisis de principios del presente siglo, ésta dinámica que inyectó Argentina a partir de su compromiso con el subcontinente, le permitió retomar la escala internacional, y lo hizo a través de una retórica institucionalista y de una acción integracionista y estabilizadora.

La recuperación internacional de Argentina mediante Sudamérica fue comprensible. Nuestro país colaboró enormemente en la configuración del poder subregional con bajos costos y buenos réditos. Las alianzas bilaterales y los mecanismos de asociación multilateral que se iban estructurando, le fueron creando al país las condiciones necesarias para desarrollar su política diplomática con soltura, en un ambiente internacional claramente permisivo. Además, tanto la resolución de gran parte del *default*, como la mejoría económica, fueron factores que ayudaron a calificar al país. Sin

¹⁴ Otra muestra más de la inhibición de poder que tuvo Argentina en escenarios extra-sudamericanos, ha sido su participación en la Misión de Estabilización de Naciones Unidas en Haití que se hizo efectiva bajo presión de lo decidido tanto por Brasil como por Chile de hacerse cargo de ésta operación de acuerdo al Capítulo VII de la Carta del organismo mundial.

V Congreso de Relaciones Internacionales

L a P l a t a 2 4 , 2 5 y 2 6 d e n o v i e m b r e d e 2 0 1 0

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

embargo, de su participación en el diseño sudamericano no desagregó poder para manejarse en América Latina.

Argentina asumió rigurosamente el sudamericanismo, lo cual se transformó en una suerte de freno en la vuelta a la fuente latinoamericana de la política exterior que había identificado -durante la Guerra Fría- a los gobiernos democráticos. Estos gobiernos habían rehusado disputar Sudamérica como esfera de influencia, precisamente en una época en la que predominaba la política del equilibrio de poder, según el patrón hegemónico destinado al ámbito hemisférico. En lugar de esa pugna prefirieron una visión latinoamericanista, y desde ella impulsar influencia política para contribuir a la unión e integración regional que, por otra parte, era una forma de asegurar la autonomía internacional del país.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Referencias bibliográficas

- Amoroso Botelho, João Carlos (2008) "La creación y la evolución de Unasur", *Revista Debates*, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, vol.2, nº2:299-324.
- Benítez Manaut, Raúl (2009) "Honduras. Una crisis entrampada y repercusiones geopolíticas", *Boletín del RESDAL*, nº34.
- Duarte Villa, Rafael y Trindade Viana, Manuela (2008) "Política exterior brasileña: nuevos y viejos caminos en los aspectos institucionales, en la práctica del multilateralismo y en la política para el Sur", *Revista de Ciencia Política*, Santiago de Chile, vol.28, nº2:77-106.
- Fonseca, Carlos da (2008) "O Governo George W. Bush e o relacionamento EUA-América Latina", *Relações Internacionais*, Instituto Português de Relações Internacionais, 19:147-158.
- García, Jonás (2008) "El Consejo de Defensa Sudamericano: ¿Instrumento de integración regional o mecanismo para la hegemonía del Brasil?", *Papers*, UNISCI-Universidad Complutense de Madrid, 18:159-176.
- Gomes Saraiva, Miriam (2008) "As diferentes percepções na Argentina sobre o Mercosul", *Contexto Internacional*, PUC-IRI-Río, vol.30, nº3:735-775.
- Keohane, Robert (1993) *Instituciones Internacionales y poder estatal*. Bs.As.: Grupo Editor Latinoamericano.
- Keohane, Robert y Hoffmann, Stanley (1991) "Institutional Change in Europe in the 1980s", en Robert Keohane y Stanley Hoffmann, *The New European Community: Decisionmaking and Institutional Change*, Boulder: Westview Press.
- Levy, Carlos (2009) "Crisis y retos de la política exterior de México: 2006-2012", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, 205:119-141.
- Miranda, Roberto (2007) "Las certezas en torno a la unión sudamericana", *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, 117-118:91-104.
- Moravcsik, Andrew (1993) "Preferentes and Power in the European Community: A Liberal Intergovernmentalist Approach", *Journal of Common Market Studies*, vol.31, nº4:473-524.
- Moravcsik, Andrew; Schimmelfennig, Frank (2009) "Liberal Intergovernmentalism", en Antje Wiener and Thomas Diez (eds.) *European Integration Theory*, Oxford University Press, 67-87.
- Salomón, Mónica (1999) "La PESC y las teorías de la integración europea: las aportaciones de los nuevos intergubernamentalismos", *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 45-46:197-221.
- Spektor, Matías (2010) "Ideias de activismo regional: a transformação das leituras brasileiras da região", *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol.53, nº1:25-44.

V Congreso de Relaciones Internacionales

L a P l a t a 2 4 , 2 5 y 2 6 d e n o v i e m b r e d e 2 0 1 0

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

- Velázquez Flores, Rafael y Domínguez, Roberto (2007) "México contra todos: un análisis del proceso de toma de decisiones en las crisis diplomáticas con Cuba, Argentina y Venezuela", *Nueva Sociedad*, 208:25-38.